



“Reflejo y vanidad”. Cancelaciones, escraches y silencios estruendosos: los ataques fachos en nombre del liberalismo en la Argentina

Mario Pecheny¹

Resumen: El texto analiza las prácticas anti-liberales de ultraderecha en Argentina que, aun en nombre de una pretendida libertad, acuden al formato de la cancelación en un distorsionado juego de espejos con respecto a las prácticas de cancelación reales o imaginadas del progresismo. Se argumenta que el formato cancelatorio es más ergonómico para los contextos reaccionarios, en los cuales entran en crisis las nociones de verdad, coherencia y veracidad, presupuestos para la política democrática, la universidad y la investigación. Ello crea situaciones dilemáticas para la labor intelectual ante la tensión de cancelaciones cruzadas.

Palabras clave: cancelación; derechos humanos; esfera pública; Argentina

“Reflejo y vanidad”. Cancelamentos, escraches e silêncios retumbantes: ataques fascistas em nome do liberalismo na Argentina

Resumo: O texto analisa as práticas antiliberais da extrema direita na Argentina que, mesmo em nome de uma suposta liberdade, recorrem ao formato de cancelamento em um jogo de espelhos distorcido em relação às práticas de cancelamento reais ou imaginárias do progressismo. O texto argumenta que o formato de cancelamento é mais ergonômico para contextos reacionários, nos quais as

¹ Instituto Gino Germani - Universidad de Buenos Aires (UBA) y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Buenos Aires - Argentina - pecheny.mario@gmail.com - Lattes: <http://lattes.cnpq.br/7005043243090548> - ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0759-8389>.

noções de verdade, coerência e veracidade, pressupostos para a política democrática, a universidade e a pesquisa, entram em crise. Isso cria dilemas para o trabalho intelectual diante da tensão dos cancelamentos cruzados.

Palavras-chave: *cancelamento; direitos humanos; esfera pública; Argentina*

“Reflejo y vanidad.” Cancellations, escraches and resounding silences: fascist attacks in the name of liberalism in Argentina

Abstract: *This paper analyses the anti-liberal practices of the far right in Argentina which, even in the name of a supposed freedom, resort to the format of cancellation in a distorted game of mirrors with respect to the real or imagined cancellation practices of progressive social movements. It argues that the cancellation format is more ergonomic for reactionary contexts, in which the notions of truth, coherence and veracity, presuppositions for democratic politics, the university and research, come into crisis. This creates dilemmatic situations for intellectual work in the face of the tension of crossed cancellations.*

Keywords: *cancelling practices; human rights; public sphere; Argentina*

*Dios ha creado las noches que se arman
de sueños y las formas del espejo
para que el hombre sienta que es reflejo
y vanidad. Por eso nos alarman.*

Jorge Luis Borges

Introducción

Este artículo, de carácter ensayístico, explora cómo la extrema derecha argentina ha incorporado la práctica autoritaria de la cancelación, potenciándola en una perspectiva que se dice liberal o libertaria, pero socava los principios fundamentales del estado liberal de derecho. Dicha práctica cancelatoria se analiza en tanto movimiento en espejo, aunque espejo distorsionado, respecto de lo que habían venido haciendo algunos sectores de los movimientos sociales y algunas vertientes de izquierda.

Sostendremos aquí una primera idea, según la cual el formato cancelatorio es definitivamente más ergonómico para los contextos y proyectos de

restauración reaccionaria. La segunda idea es que la cancelación presupone dejar de lado ciertas premisas clave para las prácticas democráticas. En ese sentido, en tales contextos, que estamos atravesando en Argentina y otros países, se encuentran en crisis las nociones de verdad, coherencia y veracidad, presupuestos para la existencia de un espacio público liberal que es condición tanto para la política democrática, como para la universidad y la investigación. Finalmente, la tercera idea refiere a que la aparición de una hostilidad cancelatoria de Estado, desde la ultraderecha, crea situaciones dilemáticas para la labor intelectual. Los dilemas, éticos y políticos, aparecen en estos “tiempos sombríos” (Arendt, 1991; Pecheny, 2020) ante la tensión que experimentamos entre cancelaciones cruzadas, sustentadas en el temor a la exclusión desde adentro o desde abajo y el hostigamiento violento desde arriba.

La cancelación y su reapropiación por las extremas derechas: una primera idea

En estos últimos años, puede identificarse una reapropiación reaccionaria de la práctica cancelatoria. Dicha reacción que termina en reapropiación tiene uno de sus orígenes en el resentimiento por parte de la población hacia transformaciones culturales anti-jerárquicas y el reconocimiento de los derechos de las mujeres, de las minorías sexuales, de niñas/os y jóvenes, y otros sujetos subordinados. Decimos “uno” de sus orígenes sin establecer ningún tipo de nexo causal (como sostienen por ejemplo quienes explican el auge de las ultraderechas por los supuestos avances del progresismo), pero sí reconociendo que las políticas cancelatorias que se autoproclaman como antiwoke (Burdman, 2025), antifeministas o incluso anti-cambio climático han adquirido un matiz revanquista. Se conciben a sí mismas como respuestas a reales o imaginadas prácticas cancelatorias por parte de los movimientos y políticas promotoras de derechos durante las décadas pasadas. Aun concibiéndose como opuestas, las prácticas cancelatorias comparten cierta matriz o formato común, cierta pragmática no liberal, en común, ya sean de izquierda y transformadoras, o de derecha, ultraderecha y reaccionarias.

Este análisis nos hace pensar cómo el autoritarismo de la cancelación, que en su génesis estaba enmarcado en visiones políticas que se querían transformadoras, es un formato que permite su incorporación y potenciación por parte de la extrema derecha y el discurso que denominamos *facho*. Esta reapropiación de un formato antiliberal de acción política expresa un curioso juego de espejos entre formas de castigo y moralidad en las disputas políticas contemporáneas bajo la égida del neoliberalismo y la emergencia de proyectos políticos

autoritarios excluyentes, en los cuales hay categorías de población superfluas (Arendt, 2013), que según esta cosmovisión no tienen por qué tener un lugar en el mundo.

Es conveniente hacer un poco de historia. La cancelación es una práctica asociada en Argentina a los escraches que realizaron hijas/os de desaparecidos y activistas por los derechos humanos en contextos de impunidad a genocidas (Pecheny; Zaidan y Lucaccini, 2019). Su especificidad estuvo ligada a la percepción de un déficit del estado de derecho vigente, a la falta de respuestas de juicio y castigo por parte del sistema político y judicial. La forma escrache, en la historia reciente argentina, tiene un origen en el campo progresista y democrático. En ausencia de respuestas institucionales, el escrache apuntaba a activar por fuera de los ámbitos institucionales mecanismos de represalia ante alguien considerado culpable de una falta grave, en general un crimen de lesa humanidad. Las prácticas cancelatorias dan cuenta así de la "desfiguración" de las democracias que se muestran incapaces, y/o sus clases políticas se muestran insensibles, ante los malestares e incertidumbres producidos tanto por las formas expulsivas del capitalismo globalizado y concentrado como por las transformaciones de las jerarquías tradicionales de género y generización. Las formas extrainstitucionales, individuales y a menudo autoritarias devienen parte más o menos aceptadas del repertorio de acción de los actores sociales.

En el ámbito de los movimientos sociales en torno al género y la sexualidad, y más en el nivel global que en el nacional, se han observado prácticas de señalamiento, de impugnación a la palabra de alguien o de alguna organización, no tanto por aquello que es dicho o por el fondo de alguna cuestión, no tanto por los datos o argumentos expresados, sino por desencadenantes (de tormentas) específicos: fragmentos, terminología, uso del lenguaje, posiciones parciales, lugares de habla, posiciones (reales o imaginadas) de poder, que han recibido, entre otras denominaciones, el nombre de cancelación. Datos y argumentos quedan así relegados por detrás de otras fuentes de legitimidad de la palabra y de la posibilidad de escucha; y quien profiere un propósito inconveniente corre el riesgo de sufrir una suerte de expulsión del espacio público compartido. En este sentido calificamos a las prácticas cancelatorias de anti-liberales, al desprestigiar o anular ciertas premisas necesarias a la existencia de un espacio público democrático (que aquí defendemos, aun sabiéndolo masculino, burgués, excluyente).

¿En qué consiste, más precisamente, la cancelación? Como señala Richard Miskolci, "la lógica (de la cancelación) es personificar una perspectiva de la cual se diverge, convirtiendo a alguien en un enemigo cuyo combate refuerza los

valores compartidos por el grupo y, a menudo, conduce al líder que coordina la actuación humillante del oponente. Lo que hoy llamamos cancelación asocia el escrache al universo del consumo mediático y a prácticas económicas como el boicot. La cancelación (...) surge de la confluencia entre prácticas políticas y económicas llevadas a cabo a través de las tecnologías de la información y la comunicación (...) Quienes emprenden una cancelación cuentan con la expectativa de que nadie en su campo político se atrevería a cuestionar una cruzada moral contra un enemigo declarado ‘opresor’” (Miskolci, 2025, p. 7).

El recurso a prácticas políticas no liberales y disruptivas remite a las experiencias, de individuos y grupos sociales, de frustración e impotencia frente a los canales institucionalizados para hacerse oír en la esfera pública y política. En sociedades y regímenes políticos que se pretenden democráticos, la persistencia de contextos de desigualdades estructurales (sexo-genéricas, étnico-raciales, de clase), y la persistencia de las violencias basadas o permitidas por tales desigualdades, acompañadas de la falta sistemática de acceso a respuestas institucionales, pueden explicar la legitimidad alcanzada por el recurso en última instancia a prácticas no-liberales o anti-liberales, como el escrache o la cancelación, con fines democráticos. Para actores sociales subordinados o excluidos, se trata de modos posibles de agitar, de hacer visible las injusticias particulares y también el carácter sistemático de las desigualdades, incluyendo aquella desigualdad relativa a la capacidad de hacerse oír y de recibir atención pública y política.

Estas acciones, a diferencia de otras como las acciones colectivas tipo huelgas o manifestaciones, se han vuelto aparentemente más accesibles gracias a los teclados, los teléfonos celulares y las conexiones virtuales, cuyo acceso está bastante democratizado aun en sociedades muy desiguales como las latinoamericanas. Las transformaciones tecnológicas y culturales en los formatos de la comunicación social, pública y política a partir de las redes sociales, la aceleración de la velocidad de la circulación de mensajes acompañada de una viralización reticular de amplio alcance, de alcance global, contribuyeron a dar a la práctica de la cancelación y similares un estatus privilegiado de acción contenciosa, individual o colectiva.

Finalmente, y también me refiero aquí a algo que es del aire de estos tiempos, los señalamientos cancelatorios van de la mano, a menudo, de demandas punitivistas, como si la respuesta primera y principal, a veces la única considerada social y moralmente aceptable, ante una injusticia, fuera el castigo al perpetrador, incluyendo el castigo legal traducido en penas de cárcel y/o en medidas de exclusión del ámbito de trabajo o estudio. Como señala Elizabeth Bernstein

(2017), si bien los escraches permiten poner en palabras y visibilizar situaciones de violencia machista, generar apoyo a las víctimas e incluso detener situaciones de violencia aún en curso, al tiempo aíslan los reclamos y los enmarcan en una lógica punitiva.

Faltaría una aclaración suplementaria: la categoría nativa *facho* que remite al adjetivo fascista o sustantivo fascismo no la usamos aquí en un sentido técnico, sino en el sentido pragmático o pragmatista, relacionado con el uso de los términos que hacen los actores y hablantes en contextos determinados. Hay discusiones historiográficas y politológicas sobre la pertinencia, la adecuación, la oportunidad, que no encaro en este trabajo. El uso en este texto es próximo del uso nativo: es la contracara del *zurdo* (*de mierda*) que utiliza la retórica de la ultraderecha argentina, es el uso histórico nativo de quienes se enfrentan al autoritarismo y la violencia política de las derechas, es el uso que se han dado las asambleas y manifestaciones "antifascistas" en el verano de 2025 ante las agresiones de la ultraderecha gobernante en mi país, el país de los *irmãos* de Brasil.

La cancelación como formato anti liberal de una ultra derecha que se pretende liberal

La hipótesis de trabajo que propongo esbozar y discutir aquí es que el carácter no liberal o antiliberal de la cancelación, un formato ingresado en la agenda desde el lado progresista, es más ergonómico para el discurso, los proyectos y las prácticas que defienden intereses conservadores de privilegios y jerarquías, que para los discursos y proyectos democratizantes.

La cancelación, la amenaza individualizada y el señalamiento son más ergonómicos para aquellos movimientos poco o nada democráticos, conservadores, o más bien reaccionarios y restauradores. La caracterización de estos movimientos como reaccionarios o restauradores, y no simplemente conservadores del estatus quo, refiere al hecho de que éstos apuntan a ir para atrás con las conquistas de derechos e intentar restaurar, a veces con violencia, las jerarquías de clase, imperiales, de género y sexualidad, raza, generación, etc. Intentan volver a algún pasado – inventado – de orden, en el que no todas ni todos tienen un lugar. Alguna gente sobra: así lo expresan con metáforas de motosierras y licuadoras, y así obran en consecuencia mediante despidos y cierres de programas y políticas.

En espejo distorsionado, hoy vemos cómo formatos similares a los de la cancelación progresista son usados desde las ultraderechas que gobiernan o han gobernado varios de nuestros países. Mis reflexiones giran en torno al caso

argentino desde el avance de la extrema derecha, pero intuyo que podrán resonar para otros contextos también.

Prácticas cancelatorias

Más que de una práctica singular y unívoca, preferimos pluralizar y hablar de prácticas cancelatorias, que incluyen diferentes variantes y sentidos políticos, pero que tienen en común en ser ataques individualizados basados en un aspecto extraído arbitrariamente de una argumentación o presentación de datos o de dichos, que pueden llevar a la exclusión u ostracismo de la persona del espacio público compartido. Para nuestro análisis, entonces, quizá debamos alejarnos de la definición precisa de la cultura cancelatoria tal como se entiende en su sentido original, atribuido a iniciativas progresistas, en el sentido de que no se busca aquí señalar la diferencia imperdonable al interior de un colectivo que se identifica como subordinado o victimizado, sino marcar para excluir.

Lo que entiendo es compartido en las cancelaciones de unos y otros son algunos rasgos formales, es decir de formato, o de dinámica sociopolítica, antiliberales. Dichos rasgos antiliberales se refieren a impugnar la voz y la trayectoria de alguien a partir de denunciar algún elemento metonímico, una sinécdoque subjetiva o extracción arbitraria de un detalle para significar un todo. Se escoge alguna mención en el discurso, alguna circunstancia o adscripción real o imaginada que invalidaría la palabra y la acción del cancelado, para impugnar radicalmente el carácter de sujeto y de sujeto político, de miembro de la comunidad, de una persona. Esta invalidación de la persona como sujeto político y miembro de la comunidad, de su respetabilidad, propia de la cancelación y de los proyectos ultraderechistas en boga, anula cualquier pretensión de comunicación.

Las condiciones sociopolíticas para un espacio público democrático son así socavadas. Ya no importan la verdad (proposicional, la de los hechos comprobables empíricamente), la coherencia lógica o la consistencia de los razonamientos, la veracidad (la sinceridad o autenticidad de decir y creer genuinamente en los propios puntos de vista), ni la probidad de mantener prácticas coherentes con los propios dichos, o mantener los dichos coherentes con las propias prácticas. Ya no importa ser consecuente. Nada de todo esto ya tiene sentido y los intentos de reponer las condiciones del intercambio comunicativo (señalar *fake news*, proposiciones falsas, ofrecer evidencia fáctica, señalar incoherencias o falacias, o demostrar engaños e imposturas), algo que hacemos desde nuestro lugar de intelectuales, es en el mejor de los casos una acción impotente y en el peor como una ratificación en acto del lugar de privilegio desde el cual enunciamos.

Si la voz de alguien en tanto privilegiado, opresor o culpable, había sido impugnada mediante la cancelación en las prácticas de los movimientos igualitaristas y críticos, en el caso de las ultraderechas el espejo distorsionado refleja la impugnación de otro que aparece como subordinado, presentado como si fuese ese otro "en realidad" el privilegiado. ¿Por qué escuchar más esa voz que las otras voces? ¿desde qué lugar se está planteando alguna reivindicación política o reclamo de justicia? El ropaje liberal del discurso de ultraderecha se disfraza de igualitarismo para marcar cualquier demanda particular que no les guste, por ejemplo, la de las mujeres o de la población LGBT, no solamente como no igualitaria, sino como anti igualitaria. El particularismo – cuya naturaleza oprimida o subordinada es nuevamente negada – es construido no como base de derechos o de una demanda de justicia social, sino para sostener privilegios.

Este mecanismo reaccionario no es nuevo, quizá sí el formato adoptado del escarnio, la exclusión y la violencia individualizante a través de la articulación entre la palabra pública y las redes sociales, profesional y/o espontáneamente activadas.

La demanda de reconocimiento y compensación de individuos y grupos subordinados, histórica y sistemáticamente subordinados, se traviste en el reclamo privilegiado de un privilegio. Se modifican los términos de la economía simbólica. Tal es el caso, en Argentina de la impugnación de la categoría femicidio y de la existencia de reclamos feministas. La demanda de derechos se reformula desde la derecha como un reclamo de privilegios, con el lema de "todas las muertes son iguales". La calificación por género de un asesinato es presentada como un privilegio, no como una política de compensación, protección o reparación. Eso sostiene el gobierno argentino en 2025, en medio de retóricas y prácticas punitivistas y represivas.

El espejo distorsionado es tenebroso: las ultraderechas se valen mejor y con consecuencias más nefastas ya que es un modo de constituir orden, un orden basado en el miedo (Lechner, 1998) y en la exclusión de todas aquellas poblaciones, individuos, especies, geografías y temas que les parecen superfluos, que no caben en la superficie de este planeta y/o en los límites nacionales y culturales definidos por estos discursos autoritarios de ultraderecha. La cancelación, práctica social, se traduce en discurso político y en política pública.

Con el juego especular que dice enfrentar a un supuesto discurso *woke* (término que, en Argentina, nadie conoce y a lo sumo confunde con el casi homónimo *wok*, el utensilio asiático para saltar verduras) (Burdman, 2025), se invierte el juego y se empieza a perseguir, estigmatizar e intentar anular las voces por el simple hecho de haber mencionado algún término listado en un *index*, asumir

alguna identidad, pertenecer o haber pertenecido a determinado colectivo social o político.

Las prácticas de lo realmente existente

En un artículo de hace algunos años (Pecheny; Zaidan y Lucaccini, 2019), exploramos la noción de linchamiento (escrache, cancelación) en tensión con las políticas sexuales y con lo que denominamos “erotismo realmente existente”. Por “erotismo realmente existente” (que retoma la frase del “socialismo realmente existente”, no el de los libros, las utopías o los anhelos, sino el que se daba en la superficie del planeta), nos referimos a las prácticas eróticas como se dan de manera heterogénea y con sentidos diversos, incluyendo nociones de justicia erótica que también son variables y específicas al ámbito de lo erótico. Allí quisimos discutir cómo, a nuestro criterio, los modos de construcción de una política sexual centrada en la victimización y en la búsqueda de reparación mediante algún castigo al perpetrador termina por reducir de manera neoliberal la búsqueda de justicia al caso individual, al tiempo que habilita a la reproducción casi invariable de las condiciones estructurales que hacen posibles violencias, agravios y discriminaciones. Como se ha visto por ejemplo en el ámbito de la universidad o de la investigación cuando hay algún “castigo ejemplar” para algún acosador, el castigo al victimario como estrategia privilegiada puede dejar intactas aquellas condiciones estructurales, históricas e institucionales que hacen posible – o incluso alientan – las asimetrías y las violencias.

En estos párrafos querría proseguir con esa línea de indagación y ver cómo se inscribe en tal contexto, especularmente y con una intencionalidad opuesta al progresismo y políticamente opresiva, el discurso *facho* que, con pretexto de oponerse cínicamente (o sinceramente) a esas formas de hacer política basadas en la victimización, terminan reapropiándose del discurso de la victimización (“los que más se mueren de manera violenta son los varones”, “las verdaderas víctimas son los acusados falsamente de acoso sexual”, etc.) y ratificando (y aumentando) las derivas punitivistas del neoliberalismo, también presentes por ejemplo en los discursos feministas abolicionistas en materia de trabajo sexual.

Es cierto que, en las últimas décadas, numerosas situaciones de infortunio o injusticia que padecen individuos y categorías sociales subordinados estructuralmente son construidos en términos de victimización (Pecheny, 2010). Dicha construcción es consistente con el contexto neoliberal en el que la regulación de los conflictos pasa menos por dar cauce a los choques políticos de intereses contrapuestos, a menudo estructuralmente contrapuestos, que, por la competencia

en espacios públicos débiles, de por sí deteriorados, entre víctimas que pugnan por hacer oír su sufrimiento y ser tenidas en cuenta. La dinámica de competencia suma-cero por recursos y atención pública vuelve frágiles e inestables las posibles articulaciones y alianzas entre actores (por ejemplo, entre todas las víctimas de las jerarquías de género o del modo dominante de acumulación capitalista).

La reivindicación de justicia y la exigencia de reparación a partir de un *framing* de victimización históricamente ha sido en ocasiones eficaz. Logra a menudo producir identificación y empatía, pero con un alcance politizador limitado, paradójico. Si una víctima se muestra como un sujeto capaz de palabra y acción, su estatus de víctima se vuelva sospechado y menos legítimo. Una víctima nunca es, no puede ser, un sujeto autónomo. En esta paradoja se incrusta el discurso reaccionario, cual contracara o espejo distorsionado: según la retórica de la ultraderecha, esas víctimas que se presentan como tales no son las verdaderas víctimas, sino que son portadores de privilegios. Las verdaderas víctimas serían aquellos (uso a propósito el género masculino) que han sido señalados o contruidos como opresores y perpetradores. Estos nuevos intentos de reparación de injusticias, en clave reaccionaria, tienen un aroma a venganza de género, de clase, de raza.

La construcción de las víctimas (*woke*) como privilegiadas, foráneas, oportunistas, se hace con un formato muy similar por parte del sujeto restaurador: se propone cancelar a quienes se aprovecharon del feminismo (peor: del feminismo abortista, que desprecia la vida de los más débiles), del *lobby* LGBT, con el dinero de los laboratorios o las ONGs internacionales y gobiernos extranjeros, para imponer sus agendas. La construcción democrática de sujetos y demandas, por tantos años, en clave individualista, victimista y punitivista llevó a una politización que resultó fácil (¿provisoriamente?) de debilitar y destruir.

A pesar de todo, en el caso argentino y en otros países de la región latinoamericana se avanzó en el reconocimiento de derechos y en la implementación de políticas públicas en materia de género y sexualidad y otras cuestiones que hacen a las relaciones interpersonales (Pecheny y Dehesa, 2014; Meccia, 2016). Las diversas estrategias que incluyen pero no se limitan a la demanda individual de reparación, su inscripción en una retórica de derechos humanos y democratización, tuvieron en muchos casos éxito, que podemos resumir para Argentina en el logro de tres demandas históricas: en 2010, el reconocimiento del matrimonio igualitario (o acceso al matrimonio para gays y lesbianas, incluyendo adopción y acceso a técnicas de fecundación asistida); en 2012, el reconocimiento de la identidad de género trans (y luego no binaria); y, en 2020, la legalización del aborto.

El análisis en clave democratizante de diversos sujetos y reclamos sexuales muestra que hay un salto contingente pero posible entre el plano individual del reclamo, incluso el de su eventual resolución, y el plano colectivo y político. Ese salto, que llamamos politización en sentido fuerte, implica la inscripción de la experiencia individual en una narrativa colectiva, así como el reconocimiento del carácter estructural e histórico que produce y reproduce las condiciones que hacen posible tal o cual experiencia de daño. El impacto del reconocimiento de derechos y de la adopción de políticas tuvo efectos “realmente existentes”. Por un lado, mejoraron la calidad de vida de numerosas personas y grupos sociales. Por otro lado, dieron lugar a reacciones hostiles, entre otros, pero no solamente, de aquellos cuyas prerrogativas habían sido cuestionadas. Entre ellos puede destacarse la situación de un número (difícil de determinar) de varones heterosexuales, jóvenes varones en particular, cuyo acceso a la sexualidad y a los vínculos afectivos se trastocó, al tiempo que el acceso al mercado de trabajo y la movilidad social también estaban – y están – en crisis. Así aparecen los tiempos de revancha.

Retomando la idea del erotismo realmente existente, propongo recuperar ese aspecto de “lo realmente existente” para dar cuenta de los re-sentimientos incorporados luego de los avances del feminismo y de los derechos sexuales.

Con la expresión “erotismo realmente existente” quisimos subrayar que, en el mundo de las prácticas, el mundo cotidiano, el de las experiencias vividas, deseadas y gozadas por los sujetos, los discursos normativos siempre terminan violentando prácticas, identidades, disfrutes. No es el momento de entrar aquí a discutir cómo a la cis-heteronormatividad, aun redefinida, se le suman más normatividades o más sujetos normados: hay cada vez más modos normados de ser gay, lesbiana, trans, joven hétero, cuándo tener hijas/os, cuándo abortar (Pecheny, 2010). Por eso nos preguntábamos en otros trabajos por qué las políticas sexuales nos dejan siempre insatisfechas, incluso a quienes bregamos por los avances normativos en todas estas cuestiones y para quienes estos avances nos mejoraron la vida. Pero la insatisfacción, la experiencia de tensiones entre las normativas circulantes y el erotismo realmente existente – así como las prácticas de maternidad y paternidad realmente existentes, etc. – alcanza a todo el mundo, sobre todo a quienes han venido perdiendo prerrogativas y privilegios (varones cis, heterosexuales). En todo caso, lo que queremos preguntarnos es en qué medida estas insatisfacciones generalizadas ligadas a las tensiones entre normatividades, traducidas en leyes y políticas, y las prácticas y experiencias, plantean desafíos que aún no hemos podido pensar cabalmente y sobre los cuales no hemos podido actuar adecuadamente, han constituido un terreno

propicio para que aparezcan discursos – sentidos como legítimos, experimentados en los cuerpos como legítimos – ya no conservadores, sino reaccionarios y restauradores. Conservar los privilegios todavía existentes, volver a un orden de jerarquías sexo-genéricas, en la melancolía de un universo de certidumbres hoy desvanecido, permite hoy que se expresen explícitamente, descaradamente, propósitos misóginos, homofóbicos, transfóbicos, y que encuentren un eco impensable poco tiempo atrás.

Prácticas cancelatorias y crisis del espacio público liberal democrático

La primera idea para reflexionar, expuesta en la sección precedente, ha sido que las cancelaciones de las ultraderechas se apropian de formatos antiliberales de acción y comunicación que han venido siendo ejercidos – no de manera central, pero sí significativa – por movimientos igualitaristas, con pretensiones transformadoras. Sostuvimos que esta apropiación revanchista del par victimismo/punitivismo es más ergonómica para esos movimientos restauradores y reaccionarios, aun cuando revistan un discurso que se pretende liberal o libertario. Y que pueden identificarse algunos procesos y algunas experiencias de insatisfacción social (con su dimensión sexual y genérica) relativos a las tensiones producidas por la distancia entre las normatividades y las prácticas “realmente existentes”. En otro lugar, hemos sostenido que los procesos de politización de estos planteos individualizantes tienen limitaciones que terminan por dejar intactas, bastante a menudo, las estructuras y jerarquías sociales y políticas que hacen posibles y reproducen injusticias y desigualdades (Pecheny, 2010). En todo caso, simplemente queremos insistir en la persistencia de esas matrices de acción política que apuntan a la individualización de víctimas y culpables, de privilegios y sub-privilegios, y operar en ese plano, aun cuando cambien las lecturas de quiénes son las “verdaderas” víctimas y los “verdaderos” privilegiados – que hoy se conoce en Argentina con el *passe-partout* y discrecionalmente usado término de “casta”.

La segunda idea para pensar, que expongo en esta sección, refiere a las relaciones entre las prácticas cancelatorias y el espacio público y político. Aquí propongo interrogar en qué medida dichas prácticas presuponen, y refuerzan, el deterioro de ciertas condiciones simbólicas (pretensiones de legitimidad) y materiales (instituciones concretas) de dicho espacio. Las prácticas cancelatorias se inscriben en una pretensión de visibilización pública y de exigencia de respeto efectivo del estado de derecho. En ese sentido, aparecen como exigiendo que exista un espacio público democrático, institucional-político pero también

intelectual-académico. Otros textos de este mismo volumen han mostrado hasta qué punto la práctica cancelatoria, aun con las mejores intenciones, a menudo termina por obliterar las condiciones simbólicas y materiales que hacen posible esos espacios públicos. Que quede claro, aquí no estoy sosteniendo que en esta matriz, de cancelación progresista, se encuentre la génesis de lo que vino después o que haya una relación tipo causa-efecto. Sí sostengo que lo que vino después con ropajes ultraderechistas estiró, profundizó, torció, algunos de los formatos y algunas de las dinámicas cancelatorias antiliberales promovidas por individuos y movimientos progresistas. ¿Qué estiró, profundizó y torció? El hecho de que importe menos qué se dice, sino quién, con qué términos, desde qué lugar, discutiendo con quién y en nombre de quién – y esto además de manera discrecional y arbitraria. Es decir, criterios de voz y escucha que son antiliberales, aun cuando la ultraderecha que vino después se dice liberal o incluso libertaria (entendido este término como radicalmente liberal).

Las condiciones simbólicas del espacio público político e intelectual académico parecen no existir más. Puede tener que ver con transformaciones de las dinámicas tecnológico-comunicacionales, políticas, generacionales, mercantiles, de velocidades y subjetividades. Son numerosos y heterogéneos los procesos concurrentes. De todo ello, me detendré en un aspecto: el presupuesto según el cual la autocomprensión del espacio liberal burgués necesita de una creencia compartida en la verdad, la coherencia lógica y la veracidad o autenticidad de la palabra; un presupuesto que está en crisis.

La crisis de la verdad, la coherencia y la veracidad afecta a la política democrática, a la investigación académica y a la institución universitaria. Tres ámbitos en los que vivimos y sobrevivimos quienes escribimos trabajos como los reunidos en este volumen. En estos párrafos que siguen, esbozo un diagnóstico de situación que es propicia para múltiples cancelaciones cruzadas, lo cual constituye una situación dilemática y estresante cuya descripción y breve análisis es objeto de las reflexiones finales de este texto.

Las condiciones materiales y simbólicas en las que experimentamos hoy nuestra subjetividad política y académica, en las que pretendemos avanzar argumentos y aportar evidencias a discusiones colectivas, están en crisis; en Argentina y en otros países de la región latinoamericana y fuera de ella.

La primera condición crítica, material, es la presupuestaria: los fondos de investigación, publicación, intercambio, se han vuelto escasos o inaccesibles, las instituciones universitarias que nos cobijan pagan salarios cada vez peores, la infraestructura y equipamientos son cada vez más difíciles de asegurar para una planta de docentes e investigadoras/es de diversas generaciones creciente

y variada. Pero las crisis presupuestarias no son nuevas y, por así decir, hemos aprendido durante décadas a sobrepasarlas y hacer milagros con los pocos recursos que se encuentran disponibles en una determinada coyuntura. Y como se sabe, la crisis de recursos económicos afecta, en un sentido más amplio, a la política democrática (las capacidades estatales, las respuestas institucionales, la cobertura y eficacia de las políticas públicas), afecta la educación superior, afecta al sistema de ciencia y técnica

La segunda condición crítica, y relacionada sólo en parte y tangencialmente con las dinámicas cancelatorias, pero relacionada al fin, es la crisis de las reglas del juego institucional (políticas, universitarias, académicas) que trae como consecuencia – y a su vez es resultado de – la imprevisibilidad y la incapacidad de planificar en el mediano y largo plazo. La previsibilidad y la planificación, la institucionalización de la incertidumbre, son condiciones también para la democracia, la universidad y la investigación. Las definen. No puede haber régimen democrático, institución universitaria e investigación (en el área que sea) si no hay reglas compartidas y sostenidas en el tiempo, previsibles, capaces de encauzar la incertidumbre y los conflictos. La debilidad de las reglas, su incumplimiento e inestabilidad, la incertidumbre, se hacen más gravosas con las prácticas cancelatorias. Ante una acusación más o menos fundada y las tormentas que pueden desencadenarse a partir de ella, en cualquier momento puede interrumpirse una carrera individual, un equipo docente o de investigación, un programa académico, hasta una institución. La sola existencia de la amenaza de que en cualquier momento, por algún paso en falso real o construido como tal por terceros, hace difícil o imposible realizar las tareas de manera tranquila y seria, de expresarse o intervenir en controversias de interés colectivo.

La tercera condición crítica tiene que ver con las transformaciones en la experiencia del tiempo. La aceleración de los tiempos de las interacciones comunicativas, de las expectativas de respuestas, de las gratificaciones esperadas, cada vez menos mediatas, también contribuyen a la crisis de la democracia, la universidad y la investigación. Si durante décadas, a pesar de todo, funcionó el patrón de gratificación diferida, según el cual el esfuerzo actual (estudiar, trabajar, investigar) redundaría en un beneficio futuro, hoy podemos decir que ese patrón prácticamente no existe más, sobre todo para las recientes generaciones que se incorporan a la vida adulta. La gratificación, la respuesta, el resultado, tienen que ser ya, sino producen frustración. Además, la expectativa de gratificación no depende ya tanto de esfuerzos (reales o percibidos como tales), sino de merecimientos no ligados a ninguna acción o inversión particular (Sibilia, 2024). Este patrón de gratificación inmediata y no relacionada a ningún trabajo

(o acción instrumental, a algún medio realizado para aspirar a algún fin) aplica tanto al mundo socioeconómico y a la movilidad social, como al mundo de las relaciones sexoafectivas e interpersonales – por ejemplo en lo que refiere a la concreción del encuentro amoroso.

El análisis de las condiciones económicas y otras que llevaron a esta situación queda para otra ocasión. Sólo quiero señalar que las expectativas de satisfacción o gratificación (económica, sexual, de reconocimiento social), a su vez magnificadas por las redes sociales que ofrecen modelos casi por definición inalcanzables, están condenadas a no poder ser respondidas, y menos institucionalmente por el Estado o el gobierno democrático, la universidad o “la ciencia” (como se experimentó por ejemplo durante la pandemia del COVID 19).

A su vez, las expectativas sociales son cada vez más numerosas y altas. La insatisfacción ontológica, ubicua y repetida, en un contexto en que las interpeleciones subjetivas neoliberales a triunfar (enriquecerse, tener éxito, tener sexo, querer tener sexo, ser feliz, tener salud, acceder a bienes de consumo, etc.) producen ese *double bind* o doble vínculo (Bateson, 1972), esa frustración (auto) impuesta que traen los mandatos imposibles. La crisis del patrón de gratificación diferida, o de la idea misma de que el estudio y el trabajo, el esfuerzo, más aún el cooperativo o colaborativo, redundarán en beneficios para el individuo y su núcleo afectivo, impacta directamente en las propias temporalidades de la democracia, la universidad y la investigación. Impactan negativamente pues introducen malestares en los sujetos, sensación de deuda impaga o imposible de pagar, hasta de que “el otro” o la institución mantienen *a priori* una posición de engaño o privilegio.

Desde la ciudadanía y los movimientos sociales se le pide a la democracia, a la universidad, a la investigación, que rindan cuentas, que den respuestas. A menudo, estas demandas están sobradamente justificadas, pero estas instituciones rara vez están en condiciones de honrar y responder de acuerdo con las expectativas. De ahí tantos malestares y frustraciones que constituyen un terreno propicio para instalar dinámicas de denuncia, de impugnación y de acusación personal, es decir condiciones que habilitan las cancelaciones.

Estos malestares y frustraciones están cada vez más verbalizados en términos de denuncia de privilegios, de hipocresía, de corporativismos de casta. Los miembros de las instituciones democráticas, de los cuerpos universitarios y científicos, aparecen como ocupando lugares de privilegio que, hipócritamente, hacen valer frente a otros sujetos, por ejemplo, quienes “no viven del Estado”, que serían los “verdaderamente” excluidos.

La cancelación ultraderechista, su economía simbólica, se apoya en el presupuesto de legitimidad negativa según el cual que la sola pertenencia a una determinada institución (democrático-gubernamental, universitaria, científica, intelectual) invalidaría los dichos y acciones de una persona. En esa lógica no hay escapatoria: como en las prácticas cancelatorias progresistas, prima el componente antiliberal que hace de la acción y la palabra algo subsidiario a quién la persona es, a dónde trabaja, a qué institución representa. La desconfianza invalida cualquier tipo de vínculo e interacción. Por supuesto que esto que estoy diciendo exagera modos y sentidos para que encuadren en mi argumentación. No es así para todo el mundo, ni en todos los casos, ni para todas las materias. Pero sí entiendo que hay algo en esa "imposibilidad ontológica de recibir respuestas satisfactorias" que favorece prácticas cancelatorias, no liberales, anti liberales o iliberales. Lo interesante es que estas prácticas hoy se hacen apelando a reaccionar contra las cancelaciones y en nombre de los valores de liberalismo. A quienes profesamos esos valores liberal-democráticos, nos produce un malestar que no es sólo político, sino subjetivo e intersubjetivo en los niveles más personales, incluso físicos (Van Bavel, 2025).

La cuarta condición crítica se refiere a la crisis del estado de derecho y la democracia política (Levitsky y Way, 2025), tanto en lo que involucra a la vigencia de los procedimientos y garantía de las libertades, como a la deliberación y eficacia en la toma e implementación de decisiones políticas.

Si las prácticas cancelatorias progresistas podían constituir una suerte de enclave persecutorio en un contexto de avance de derechos, ebullición política y diversidad epistemológica, hoy vemos en Argentina y en la región la proliferación de amenazas serias, discursivas, políticas e institucionales, a la libertad de pensamiento, a la libertad de expresión, a la libertad académica y a la libertad de publicación.

Las amenazas son explícitas: palabras, conceptos, categorías, temas y disciplinas que entran en algún índice, desde el desfinanciamiento hasta el cierre y la persecución, escarnio público incluido; o las amenazas de purgas. El estado de derecho liberal (político democrático, universitario, investigativo) está siendo atacado en sus fundamentos filosóficos, normativos e institucionales. En el caso argentino, además, en nombre de un liberalismo del cual sólo tiene el nombre.

Sin reglas de juego, sin libertades protegidas y garantizadas, sin encuadres formales para el procesamiento de los conflictos, son cada vez más moneda corriente el señalamiento individual y a grupos de trabajo, a programas, a carreras e incluso a universidades, las violencias privadas habilitadas por tales discursos – las virtuales en redes y las no virtuales en espacios callejeros u otros –, el escarnio y el miedo.

El efecto práctico de la cancelación *facha* es similar al de la cancelación progresista: el temor a expresarse, el encarar temas menos comprometedores, la censura y la autocensura. Pero peor. Aquí los efectos no son daños colaterales de una práctica que se pretende disruptiva y provisoria para abrir el juego en una dirección democratizadora, sino para restaurar un orden de jerarquías, real o imaginado, de manera extremadamente autoritaria y violenta. Quizá valga la pena detenerse a pensar si las coincidencias en formas comunes de prácticas no liberales no debería haber encendido más alarmas en el pasado.

La quinta crisis, y que quisiera que quede como una inquietud central de este texto, refiere a la crisis de tres condiciones comunicacionales, tres pretensiones de la interacción pública, sin las cuales no es pensable el espacio público democrático, la universidad y la investigación. Seguramente que estas tres condiciones son burguesas, iluministas, a historizar y desmontar como lo han hecho y denunciado tantas y tantos, como Michel Foucault, Nancy Fraser o las/los autoras/es de nuestro sur global. Pero en estos momentos críticos no puedo sino extrañar con nostalgia al menos el papel orientador que estas tres condiciones han cumplido para hacer posible, simbólica y materialmente, la deliberación democrática, la educación superior universitaria y las tareas de investigación científica y tecnológica.

Las impugnaciones a la verdad, la coherencia y la veracidad son heterogéneas y pueden explicarse a través de diferentes procesos e hipótesis. Me limitaré a exponer el argumento, nada más, pues la explicación de sus orígenes y características excede con creces incluso al esquematismo ambicioso del conjunto de las ideas aquí expresadas.

La verdad proposicional, empírica, la verdad de los hechos, ya no importan. No sólo no importa que un dicho que circula sea verdadero o falso empíricamente, históricamente, sociológicamente. Si fuera eso solo, las denuncias del estilo identificar las *fake news* y los sitios de chequeo alcanzarían a mitigar bastante el problema. Tal como plantean las ultraderechas (y no sólo ellas) las cuestiones, no importa nada si un enunciado es verdadero o falso. Ni a quién lo plantea, ni quién lo recibe, ni quién lo discute.

Desde la comunidad científica solemos responder, con bronca e indignación, con soberbia, o con la confianza tal vez ingenua en que estamos aportando evidencia obtenida o construida según las reglas compartidas del arte, que los hechos son de tal manera, que las causas son tales, que eso que dicen que sucedió de una manera en realidad sucedió de otra. Pero eso a nadie parece importarle. No importa la verdad de los hechos y, más aún, no importa la propia pretensión de verdad.

Sin pretensión de verdad no hay manera de relevar problemas, evaluar políticas, transmitir conceptos, producir conocimientos. Sin verdad (tema que Hannah Arendt analizó como uno de los rasgos del totalitarismo), no hay democracia, no hay universidad, no hay investigación. Sin verdad y sin idea de verdad.

En las formas predominantes de comunicación pública, tampoco parece sostenerse la pretensión de validez de los razonamientos, de coherencia lógica, de consistencia argumentativa. La incoherencia también nos produce malestar a quienes tenemos en estima el espacio público, la vida universitaria, la labor de investigación. La argumentación política hoy sostiene proposiciones contradictorias, al mismo tiempo, y no importa. También solemos intentar señalar eso: "mire, eso se contradice, eso no puede ser verdad al mismo tiempo que eso otro". Y no les importa a quienes discuten, no le importa a gran parte de la ciudadanía. Así es muy difícil.

No se esperan enunciados empíricamente verdaderos ni lógicamente consistentes. Agregaría otro aspecto, menos considerado, pero que es clave a la hora de pensar las pasiones políticas y las dinámicas comunicacionales actuales: la cuestión de la veracidad. La veracidad, autenticidad, sinceridad, es decir la creencia o convencimiento en estar diciendo algo que es verdadero (o, haciendo algo que es correcto, etc.), tampoco parece valer demasiado. El presupuesto es: "me quieren engañar". Años de construcción y experiencia de que "todo discurso, toda práctica, es hipócrita", terminaron por consolidar la idea de que todo es mentira, engaño, hipocresía, duplicidad. En formatos cancelatorios: lo que alguien dice es porque tiene un interés atrás, porque hay un dinero recibido, un favor a pagar. La mala fe ontológica rige cualquier discurso y cualquier práctica.

Además, desaparecen ciertas reglas del decoro, la honorabilidad y la verüenza públicos. Lo paradójico del asunto es que el discurso de ultraderecha actual se aprovecha de estas dinámicas y aparece como auténtico, justamente por recurrir a formas agresivas, a vocabulario soez, a diatribas y gritos, a gestos violentos y exabruptos. Aparece como un discurso auténtico en un contexto de hipocresías en las que el discurso de derechos (sexuales, de género, de raza), resignificado como *woke*, sería la condensación de la insinceridad.

El juego de espejos es tal que el discurso ultraderechista hasta puede aparecer sincero y auténtico porque no se pretende sincero y auténtico. Esto no es un juego de palabras, es una forma política que está produciendo padecimientos subjetivos y está degradando al espacio público y a las tres instituciones objeto de estos párrafos: la democracia y la política democrática, la universidad, la investigación.

Democracia, universidad e investigación en tiempos de oscuridad: dilemas para el trabajo intelectual

La tercera idea para compartir y finalizar este texto se refiere a las condiciones de nuestro trabajo intelectual y nuestra vida personal y colectiva en el ámbito de las universidades e instituciones de investigación científica, en tiempos de oscuridad o sombríos, según la expresión que Arendt tomara de Bertolt Brecht (Arendt, 1991; Pecheny, 2020). Para decirlo rápido, en estos tiempos estamos permanentemente confrontados/os a tomar decisiones éticas y encuadrar cada acción, por más cotidiana, ordinaria o simple que parezca, en tanto estrategias de resistencia: sopesar la adecuación de nuestras acciones a nuestros valores cual ética de la convicción, medir las consecuencias de nuestras acciones cual ética de la responsabilidad. Eso trae dilemas éticos, pero también aumenta todavía más la carga subjetiva y el estrés laboral que tenemos docentes e investigadoras/es.

En relación con el tema de las prácticas cancelatorias, me detendré en un solo punto. En el ámbito universitario, quienes trabajamos sobre temas sensibles (en su interacción con los movimientos sociales y comunidades, y con las autoridades y voceros *fachos*) estamos en tensión dadas las posibilidades cruzadas de cancelamiento. Ante ello, no es irrazonable salirse hacia temas menos ríspidos.

¿Cómo seguir defendiendo la necesidad intelectual y política de trabajar y militar temas de género y sexualidad, en contextos de cancelación autoritaria? Contra algunas ideas cercanas a la autoflagelación, y erradas, según las cuales la contraofensiva cancelatoria de la extrema derecha y, más ampliamente y más importante todavía, las bases sociales para una reacción social popular y joven contra los avances en derechos relativos al género y otras cuestiones, se explicarían *por* las políticas sexuales y de derechos que incluían prácticas como las cancelatorias, quiero insistir que no comparto esas ideas. Las reacciones restauradoras y las prácticas cancelatorias de la ultra derecha no son consecuencias de haber progresado demasiado, de haberse excedido en las reivindicaciones, de sostener prioridades que no son tales.

El *backlash*, una vuelta atrás autoritaria, no se explica solamente ni principalmente por los avances en derechos y las transformaciones de las relaciones personales. No quisiera que este texto abone las perspectivas de quienes sostienen que el progresismo, término a menudo usado de manera peyorativa (Pecheny, 2006), es el problema, o incluso es aquello que explicaría los rebotes

fachos. Aclarado esto, sí me gustaría señalar tres aspectos que relacionan avances en derechos y la forma política "cancelación de (extrema) derecha".

El primero refiere al fenómeno ya mencionado de las experiencias de recepción del discurso de género y otros en la misma cuerda como hipócritas, falsos, inauténticos o al menos cómodos. El discurso sobre género/sexualidad, entre otros discursos emergentes, apareció como dando respuestas a algunos problemas, pero no a todos; y no quizá a los más estructurales de clase, pobreza y desigualdad económica. Como se señalara con cierto humor en la Argentina del gobierno de Alberto Fernández (2019-2023), "ahora tenemos ajuste con perspectiva de género". Desde la derecha política, pero también desde la experiencia social por ejemplo de jóvenes varones de sectores populares, se veía como un *trade off*, una negociación percibida como cínica, que privilegiaba algunas conquistas de género vistas como menores o incluso molestas (el uso del lenguaje inclusivo, el documento con género no binario, los cupos laborales para personas trans) en detrimento de avanzar en derechos laborales, la redistribución o el progreso económicos, o la garantía de una mayor seguridad en las calles.

A eso se suma, en clave de denuncia a la doble moral, algunos casos mediáticos de defensores de derechos de género en público, acusados de violencia de género en su vida personal.

En suma: una primera reacción social y política se dio a partir de una visión de la defensa de los derechos sexuales y de género en tanto perspectiva hipócrita, que dejaría de lado u ocultaría los verdaderos problemas de los subprivilegiados. De ahí que las construcciones políticas y las modalidades expresivas que se presentan como no hipócritas, aun siendo extremadamente reaccionarias, reciben la simpatía porque aparecen como sinceras y auténticas. Por más que sean reconocidas, aun por simpatizantes, como violentas e intempestivas. Serán lo que serán, pero son auténticas.

En segundo lugar, el *double bind* o malestar producido por la implementación de políticas y la proliferación de discursos considerados tal vez como justos: por ejemplo, las políticas relativas a la violencia contra las mujeres y las medidas protectivas, tales como las "perimetrales" o la separación de sus hijas/os a padres acusados de violencia. Los "dobles vínculos", entendidos como estructurales al neoliberalismo, "se utilizan con frecuencia como una forma de control sin la presencia de coerción abierta, [pues] el uso de la confusión dificulta tanto responder como resistir" (Bateson, 1972). La justicia tiene plazos y procedimientos muy poco eficaces, lentos, caros; al tiempo que los recursos para poder cumplir tales indicaciones, desde el lado de los varones cis, no existen. Si

las comisarías de la mujer, las instancias de protección y acompañamiento, aun cuando existía un Ministerio ocupándose del tema, tenían cobertura y alcances bastante deficientes, la posibilidad de proteger y acompañar a los varones y otros desde el Estado para que sean capaces, aun queriendo, de responder a los requerimientos de la justicia, era aún más inexistente.

Si las crisis epocales del mercado de trabajo y de las relaciones de género y generacionales pusieron en cuestión los privilegios masculinos adultos, desde el Estado y los discursos circulantes no hubo otra respuesta “de justicia social” que la punición o la exclusión. Por más que se sostenga que el género es relacional, la visión centrada en víctimas que hay que proteger de perpetradores terminó por ceñirse al primer término de la ecuación (es decir, a las mujeres, trans, infancias) y por abandonar en un *no man’s land* justamente a los varones. Paradójicamente, en ese movimiento los varones cis gays quedaron del lado de los potencialmente perpetradores, siendo así en parte excluidos de las políticas y movimientos socio-sexuales durante los años recientes.

En tercer y último lugar, quisiera concluir con que el formato cancelación (de izquierda o progresista, y de derecha o de extrema derecha), cuyo valor moral y político no considero en absoluto equivalentes, remite a una incapacidad manifiesta del Estado, el sistema político, las instituciones (todas), para dar respuesta a las demandas sociales. La incapacidad de las instituciones a dar respuesta a las demandas, las viejas y las nuevas, las justas y las no tan justas, las a mediano plazo y las inmediatas, es experimentada con frustración, resentimiento y bronca, de ahí la fertilidad para el desarrollo de aquellas prácticas (cancelatorias) que buscan justicia por fuera de las reglas y materialidades institucionales. La denuncia, el castigo al alcance de los dedos, incluso la impunidad que da situarse detrás de un teclado con una identidad anonimizada, todo ello contribuye tanto a facilitar el formato cancelación como opción de canalización del descontento político y del malestar subjetivo personal, como a su popularidad en tanto un formato que al menos tiene impacto visible. Como ya dijimos, se trata de un impacto que raramente modifica las condiciones sociales que hacen posibles los descontentos y malestares, pero que al menos no es percibido como cayendo en las redes de la burocracias, de la hipocresía, o de quienes lucran con el sufrimiento ajeno. Las nuevas (no tan nuevas) condiciones de producción de subjetividad, de circulación de mensajes y discursos, y la desarticulación de todos los reales o imaginados parámetros de certidumbre (mercado de trabajo, integración social, roles esperados) favorecen la aparición y auge de formas aparentemente espontáneas, fáciles y al alcance de la mano para vehicular la bronca: el formato cancelación es una de esas formas – que, insisto,

es más ergonómica para los proyectos de restauración autoritaria que para los transformadores.

La situación en la que estamos hoy nos plantea una trampa difícil, un dilema ético y político, que produce malestar subjetivo en las y los intelectuales comprometidos con una agenda democrática de género y sexualidad, en un contexto de cancelaciones cruzadas. Voy a dar dos ejemplos. Desde la ultra derecha argentina se cuestiona la idea de que existe una violencia "de género" contra las mujeres y la figura legal del femicidio, con el argumento de que "todas las vidas valen igual", todas las muertes violentas son igualmente condenables. También se cuestiona el acceso a tratamientos hormonales para menores de 18 años. En medio de esas disputas, ¿cómo seguir investigando y escribiendo sobre esos temas, sin "hacerle el juego" a los anti-derechos?

Yo soy de quienes adoptan una definición de violencia de género que no se limita a la violencia ejercida por un varón cis hacia una mujer (o niña o persona trans). Soy de quienes suscriben la definición según la cual la violencia basada en el género es toda forma de violencia ejercida por motivos o pretextos de género (o de relaciones sexuadas, generizadas, con dimensiones sexuadas y de género), habilitada por las construcciones de género, inteligible sólo en la medida en que se consideren las dimensiones generizadas y sexuadas del acto violento. Esa definición permite comprender (entender y abarcar) las violencias ejercidas a los varones en tanto varones, que se explican (para decirlo rápido) por la construcción patriarcal de las jerarquías de género, y nociones asociadas como las del honor masculino, la identidad de varón, etc. La definición adoptada, a mi criterio, no desmerece ni invisibiliza la violencia contra las mujeres u otras identidades, sino que por el contrario subraya el carácter estructural, jerárquico y relacional del sistema de sexo-género, en el cual las violencias se dan en múltiples direcciones, con múltiples sentidos, y con múltiples posiciones victimarias y victimizantes. Sin embargo, en este contexto, decir esto es doblemente cancelable: por un lado, por la ultraderecha, que sostiene que estas elucubraciones remiten a una ideología de género equiparada según la palabra presidencial a la reivindicación del abuso sexual infantil y la pedofilia; por otro lado, por quienes defienden la definición de la violencia de género como específicamente direccionada del género masculino al femenino (o feminizado). Con este caso quiero resaltar la situación de juego imposible para plantear una conjetura intelectual: hoy así no hay espacio para siquiera postular una pregunta conceptual. No hay manera de no ser percibido como un peligroso caballo de Troya.

Otro caso es el de las infancias y adolescencias trans: respecto del acceso a tratamientos, a qué tratamientos, en qué edades, en qué condiciones, me parece

que hace falta todavía seguir investigando. Me aventuro simplemente a decir: todavía no sabemos todo, todavía no estamos en un punto en que el conocimiento está validado, claro y distinto. ¿Pero cómo decir esto cuando se propone avasallar los derechos que reconocen a las infancias y adolescencias – también las potencialmente trans – como sujetos progresivamente autónomos? Esta simple idea, la de que es necesario seguir construyendo evidencia acerca de cuáles son las mejores opciones médicas para las personas trans, acerca de la temporalidad, las técnicas, etc. abre el flanco a una doble cancelación: la cancelación *facha* que quiere reinstaurar violentamente el binarismo supuestamente biológico del sexo y la cancelación del movimiento social que – ante los ataques – sacraliza un conocimiento y opción provisoriamente abrazados por el movimiento trans y sus aliados (entre los cuales nos ubicamos política y éticamente sin dudarlo).

El malestar subjetivo está extendido a nivel individual, colectivo e institucional. La propia subsistencia de universidades y organismos de ciencia está amenazada, y con mayor riesgo las ciencias sociales y humanas, al tiempo que se vuelven cada vez más intransitables nuestros lugares de habla y escritura. Las ultraderechas, pero no exclusivamente ellas, han venido construyendo a nuestro lugar intelectual profesional en las universidades y el sistema científico como un lugar del privilegio. El panorama es sombrío y estas páginas no son optimistas: crisis del estado de derecho, de la democracia, la universidad y la investigación, en medio de las cancelaciones posibles desde el propio campo (que me preocupan menos, puesto que creo en la potencialidad deliberativa que siempre puede hacer resurgir la esfera pública de “nuestro lado”) y las cancelaciones violentas hoy desde el poder y sus secuaces. Porfiar en el liberalismo político y defender la democracia, la universidad, la investigación, la honestidad intelectual y el compromiso, resistir intelectual y políticamente: no nos queda otra.

Referencias

- ARENDT, Hannah. *Homens em tempos sombrios*. Lisboa, Relógio d'Água Editores, 1991 (1969).
- ARENDT, Hannah. *Nós, os Refugiados*. Coleção: Textos Clássicos de Filosofia, Universidade da Beira Interior, Covilhã, 2013 (1943).
- BATESON, Gregory. *Steps to an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution, and Epistemology*. Chicago, University of Chicago Press, pp. 271-278, 1972.

- BERNSTEIN, Elizabeth. Carceral politics as gender justice? The "traffic in women" and neoliberal circuits of crime, sex and rights. In: HALPERIN, David and HOPPE, Travor. (eds). *The war on sex*. Durham, Duke University Press, 2017, pp. 297-322.
- BURDMAN, Julio. La agenda antiwoke es real. *Primero Argentina*, Buenos Aires, 11 de febrero de 2025. Disponible en: <<https://primeroargentina.com/laagendaantiwokeesreal/>>. Acceso en: 18 mar. 2025.
- DAICH, Débora; VARELA, Cecilia. *El feminismo en la encrucijada del punitivismo*. Buenos Aires, Biblos, 2020.
- LECHNER, Norbert. *¿Responde la democracia a la búsqueda de certidumbre?. Zona Abierta*, 1986.
- LECHNER, Norbert. Nuestros miedos. *Perfiles Latinoamericanos*, n.13, pp. 179-198, 1998.
- LEVITSKY, Steven y WAY, Lucan A. The Path to American Authoritarianism. What Comes After Democratic Breakdown. *Foreign Affairs*, 11 de febrero, 2025. Disponible en: <<https://www.foreignaffairs.com/united-states/path-american-authoritarianism-trump>>. Acceso en: 18 mar. 2025.
- MECCIA, Ernesto. *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Buenos Aires, Ediciones UNL y EUDEBA, 2016.
- MISKOLCI, Richard. Desejos digitais. Uma análise sociológica da busca por parceiros on-line. Belo Horizonte, Autêntica Editora, 2017.
- MISKOLCI, Richard. Batalhas Morais: política identitária na esfera pública técnico-midiatizada. Belo Horizonte, Autêntica, 2021.
- MISKOLCI, Richard. Anatomia de um cancelamento: disputas político-midiáticas sobre a relação entre ciência e sociedade. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar*, v.15, p. 1-22, e151390, 2025. Disponible en: <https://doi.org/10.14244/con-temp.v15.1390>
- PECHENY, Mario. 'Yo no soy progre, soy peronista'. ¿Por qué es tan difícil discutir políticamente sobre aborto?. In: CÁCERES, Carlos; CAREAGA, Gloria; FRASCA, Tim y PECHENY, Mario. (comps.) *Sexualidad, estigma y derechos humanos. Desafíos para el acceso a la salud en América Latina*. Lima, FASPA/UPCH, pp. 251-270, 2006.
- PECHENY, Mario. Political agents or vulnerable victims? Framing sexual rights as sexual health in Argentina. In: AGGLETON, Peter y PARKER, Richard. (Orgs.) *Handbook of Sexuality, Health and Rights*. Nueva York, Routledge, 2010, pp. 359-369.
- PECHENY, Mario y DEHESA, Rafael de la. Sexuality and Politics in Latin America: An Outline for Discussion. In: CORREA, Sonia; PARKER, Richard y DEHESA, Rafael de la. (eds.), *Sexuality and Politics: Regional Dialogues from the Global South*. Rio de Janeiro, Sexuality Policy Watch ABIA, pp. 96-135, 2014.
- PECHENY, Mario; ZAIDAN, Luca y LUCACCINI, Mirna. Sexual activism and 'actually existing eroticism': The politics of victimization and 'lynching' in Argentina. *International Sociology*, v.34, n.4, pp. 455-470, 2019.

- PECHENY, Mario. Universidad en tiempos sombríos. *Pensamiento Universitario*, Buenos Aires, n. 19, pp. 79-88, 2020.
- SIBILIA, Paula. *Yo me lo merezco. De la vieja hipocresía a los nuevos cinismos*. Buenos Aires, Taurus, 2024.
- VAN BAVEL, Jay J., GADARIAN, Shana y KNOWLES, Eric. Political polarization and health, *Nature Medicine*, n. 30, pp. 3085–3093, 2024. Disponible en: <<https://www.nature.com/articles/s41591-024-03307-w>>. Acceso en: 18 mar. 2025.

Data de recebimento: 17/02/2025

Data de aceite: 06/03/2025

Como citar este artigo:

- PECHENY, Mario. “Reflejo y vanidad”. Cancelaciones, escraches y silencios estruendosos: los ataques fachos en nombre del liberalismo en la Argentina. *Contemporânea – Revista de Sociologia da UFSCar*, v.15, p. 1-25, e151412, 2025. Doi: <https://doi.org/10.14244/contemp.v15.1412>